

Santidad canonizada y evangelización

Mons. Juan Jose Asenjo Pelegrina

Arzobispo de Sevilla

1. El tema que voy a desarrollar es un tema mayor en la vida de la Iglesia, la relación entre santidad canonizada y evangelización. La constitución *Lumen Gentium* comienza el capítulo V, dedicado a la vocación universal a la santidad, con una profesión de fe en la santidad de la Iglesia. Nos dice el texto conciliar que “Cristo, el Hijo de Dios, quien con el Padre y el Espíritu Santo es proclamado ‘el único Santo’, amó a la Iglesia como a su esposa, entregándose a sí mismo por ella para santificarla (Ef 5,25-26), la unió a sí como su propio cuerpo y la enriqueció con el don del Espíritu para gloria de Dios”. Por ello, añade el Concilio, “en la Iglesia, todos, jerarquía y fieles, están llamados a la santidad”. A ella invita y urge Jesús a todos los cristianos, cualquiera que sea su estado y condición: “Sed perfectos como vuestro Padre celestial es perfecto (Mt 5,48)”. Para ello nos regala el don de su Espíritu, que nos permite amar a Dios con todo el corazón, con toda el alma, con toda la mente y con todas las fuerzas (Mt 11,20) y al prójimo como Cristo nos ama (Jn 13,34 y 15,12).

2. Desde el bautismo somos hijos de Dios y partícipes de la naturaleza divina. Somos santos con esa santidad que los teólogos llaman ontológica, llamada a desplegarse y completarse con la santidad moral, que es fruto del Espíritu, pero que necesita también de nuestra humilde colaboración. Por ello, san Pablo nos pide que vivamos como conviene a los santos (Ef 5,3) y que, como elegidos de Dios, santos y amados, nos revistamos de entrañas de misericordia, benignidad, humildad, modestia y paciencia (Col 3,12) y produzcamos frutos de santidad (Gal 5,22; Rom 6,22).

3. El Catecismo de la Iglesia Católica nos recuerda también esta verdad fundamental, simple y sencilla, declarada por la Iglesia y vivida por ella a lo largo de veinte siglos: la llamada universal a la santidad. Todos, sacerdotes, religiosos y laicos, estamos llamados a la santidad más alta. Todos estamos llamados a participar de la vida y santidad del Padre, que nos ha engendrado, santidad que nos ha merecido Jesucristo, el Hijo, con su sacrificio redentor, santidad que es el mismo Espíritu Santo, recibido como huésped y como don en nuestras almas. En realidad, la santidad es la única vocación del hombre. No hay otra vocación, ni tenemos otra tarea mejor que realizar en la tierra. Todo para ser santos... Todo para glorificar al Padre, y al Hijo, y al Espíritu Santo. La santidad no consiste en hacer cosas raras o extravagantes. (Alusión a los eremitas del siglo en la Tebaida). La santidad consiste en la participación en la santidad del mismo Dios. Esto es lo realmente raro, lo realmente asombroso: que Dios quiere compartir su santidad inmensa con sus criaturas, que Dios quiere hacer gustar a su criatura de la comunión plena con Él.

4. En la carta apostólica *Novo millennio ineunte* nos decía Juan Pablo II, y nos lo ha repetido el papa Francisco en la reciente exhortación apostólica *Gaudete et exultate*, que la santidad es la primera urgencia pastoral de la Iglesia. Ambos nos recuerdan que el empeño por la santidad no es para una élite o para una minoría selecta. Nos urge a todos los bautizados. Todos estamos llamados a la plenitud de la vida cristiana y a la perfección del amor. En el bautismo fuimos consagrados a Aquel que es por excelencia el Santo, el tres veces Santo. En aquel día, el más importante de nuestra vida, entramos en la órbita de la santidad de Dios por medio de la inserción en Cristo y la inhabitación del Espíritu Santo. Entramos también a formar parte de la Iglesia, esposa de Cristo, por la que Él se entregó precisamente para santificarla (Ef 5,25-26). Por ello, los Papas Juan Pablo y Francisco nos dicen que sería un contrasentido contentarse con una vida cristiana mediocre, vivida según una ética de mínimos y una religiosidad superficial. Cuando a un catecúmeno se le pregunta si quiere recibir el bautismo, en realidad se le está preguntando si quiere ser santo. Significa en último término ponerle en el camino del Sermón de la Montaña, en el que todos hemos sido llamados a ser santos (Mt 5,48), porque “esta es la voluntad de Dios: vuestra santificación” (1 Tes 4,3).

5. La santidad es el sentido último de toda la actividad de la Iglesia, de la vida de una parroquia, del trabajo ministerial del sacerdote o del diácono y de todo programa pastoral. Es la meta final de la educación cristiana en la familia, de la catequesis, de la enseñanza religiosa escolar y de los movimientos, asociaciones, hermandades y cofradías. Es la meta final de todas las instituciones eclesiales. Ningún otro objetivo, ni la caridad y el servicio a los necesitados, debe anteponerse a este empeño que constituye la finalidad casi única de la Iglesia, porque sin el fundamento de la santidad de vida los mejores impulsos de fraternidad terminan agostándose por falta de raíces, pues sólo los santos han amado hasta el final.

6. Ambos documentos, *Novo millennio ineunte* y *Gaudete et exultate*, sitúan como primera prioridad de la Iglesia en esta hora la pastoral de la santidad. Otro tanto puede decirse de la Iglesia en España. Se ha dicho, y puede que no falte razón que a nuestra Iglesia le falta empuje misionero, dinamismo evangelizador e impulso místico. Se ha dicho también que su horizonte espiritual a veces se percibe como de bajo perfil y con una tendencia acentuada a la tibieza y al conformismo. Si este diagnóstico fuera acertado, no cabe duda que la única forma de responder a esta situación es el crecimiento radical de la vida en el Espíritu, recuperando la dimensión vertical, mística y espiritual de la vida cristiana, algo que nos obliga a nosotros los sacerdotes, a los consagrados y a vosotros los laicos. Por ello, en los Planes Pastorales de nuestra Conferencia ha habido un cambio en los acentos. Mientras que en los Planes anteriores a 2003, el énfasis recaía en la evangelización, en los dos últimos Planes Pastorales, lo mismo que en nuestro Plan Diocesano, sin olvidar la evangelización, se sitúa como primera prioridad objetiva de nuestra Iglesia, y como *conditio sine qua non* para la evangelización, la renovación de la vida interior de nuestras comunidades, es decir, el encuentro con el misterio de Cristo como elemento fundante y transformador. Nuestra meta primera debe ser vivir con Él, vivir como Él, para vivir en Él.

7. Nuestras comunidades cristianas deben ser verdaderas escuelas de oración. Hemos de recuperar la oración como camino para centrar y sustentar la vida en Cristo, en la intimidad y en la unión con Él, y con la oración, la lectio divina, el aprecio por la Palabra de Dios y la contemplación. De lo contrario, todo será agitación estéril en la vida pastoral, con el peligro de caer en el puro activismo. Hay un texto precioso del Papa Benedicto en el ángelus del domingo 20 de agosto de 2005 en Castelgandolfo, en el que, al hilo de la memoria de san Bernardo, que coincidía con aquel domingo veraniego, Benedicto XVI alertó a los pastores de la Iglesia del peligro de caer en la “dureza de corazón” a causa de las excesivas ocupaciones cotidianas, que “no son más que sufrimiento para el espíritu, pérdida de la inteligencia, dispersión de la gracia”.

8. El Papa nos hizo un apremiante llamamiento a la oración y a la contemplación, en medio del “oleaje” de la vida diaria, al glosar este aviso de san Bernardo al Papa Eugenio III: “Mira a dónde te pueden arrastrar estas malditas ocupaciones, si sigues perdiéndote en ellas¼ sin

dejarte nada de ti para ti mismo. Esta admonición -nos dijo el Papa- es válida para todo tipo de ocupaciones, incluidas las inherentes al gobierno de la Iglesia. ¡Qué útil es también para nosotros este llamamiento a la primacía de la oración!, de quien supo armonizar la aspiración del monje a la soledad y a la tranquilidad del claustro con la urgencia de misiones importantes y complejas al servicio de la Iglesia.

9. La segunda prioridad capital en nuestros Planes Pastorales al comienzo del nuevo milenio es la evangelización. En la Carta apostólica *Novo millennio ineunte* nos decía Juan Pablo II que en esta hora de la Iglesia y del mundo “hace falta reavivar en nosotros el impulso de los orígenes, dejándonos impregnar por el ardor de la predicación apostólica después de Pentecostés. Hemos de revivir en nosotros el sentimiento apremiante de Pablo, que exclamaba: ay de mí si no evangelizare (1 Cor 9,16)”. Esta tarea, como la santidad, no puede ser delegada a unos pocos “especialistas”, sino que debe estimular la acción de todo el Pueblo de Dios. También de los seglares....

10. También nuestro Plan Diocesano de Pastoral establece como objetivo para nuestra Iglesia particular en este quinquenio la misión, es decir, la comunicación del Evangelio de Cristo. Puntos de especial insistencia son la transmisión de la fe y la iniciación cristiana en la familia y la potenciación de la pastoral juvenil, la renovación de la catequesis, que ha de crecer en vitalidad y calidad, el acompañamiento de los profesores de Religión, la potenciación de los catecumenados de adultos, la utilización de los Medios de comunicación social como camino de evangelización y el aprovechamiento de caudal evangelizador de la religiosidad popular.

11. De cuanto he dicho hasta ahora se deduce que la santidad y la evangelización son dos conceptos íntimamente interrelacionados: la santidad de vida lleva al anuncio y a la evangelización, que es como su expresión o redundancia natural; y la evangelización necesita del substrato o fundamento de la santidad de vida, pues de lo contrario, carecerá de autenticidad y fuerza persuasiva. Es más, antes o después terminará languideciendo y desnaturalizándose como la sal que se vuelve insípida (Mt 5,13). Centrándonos en la santidad canonizada, su relación con la evangelización es también muy estrecha. Evangelizar hoy con los santos, desde sus biografías admirables y desde el testimonio elocuente y atractivo de sus vidas, no es sólo una posibilidad al alcance de todos, sino una verdadera necesidad, llamada a producir frutos abundantes de conversión y de vida cristiana.

12. En el Magisterio de los cuatro últimos Papas ocupan un lugar de privilegio las llamadas constantes y reiteradas a la Nueva Evangelización. En conexión con este hecho, tenemos otro dato incontestable: desde la creación de la Congregación para las Causas de los Santos por el Papa Sixto V en 1588, hasta el pontificado de Pablo VI inclusive, el número de beatificaciones ascendía a 808, mientras el de canonizaciones se elevaba a 296. Refiriéndonos sólo a Juan Pablo II, en sus casi veintisiete años de pontificado, II ha beatificado cerca de 1400 cristianos y ha canonizado en torno a 500, cifras que superan con mucho el número de beatificaciones y canonizaciones de toda la historia anterior. También los papas Benedicto y Francisco han beatificado o canonizado a un número muy alto de cristianos. La convergencia de estos dos datos, nos sugiere que los Papas están convencidos de que los santos son camino privilegiado y fecundo de evangelización. Esta convergencia nos sugiere además que han querido confiar a los santos la Nueva Evangelización.

13. En el año 1983, desde Haití, Juan Pablo II invitó a la Iglesia a empeñarse en una Nueva Evangelización, nueva en su ardor, en sus métodos y en sus expresiones. Es digno de notar que el número extraordinario de santos y beatos de los siglos XX y XXI proclamados en los tres últimos pontificados, entre ellos un buen número de laicos de todas las categorías sociales, nos está diciendo que los Papas quieren evangelizar con los santos, es decir, con aquellos cristianos que han vivido su fe y han encarnado el Evangelio de forma heroica y radical en ambientes parecidos a los nuestros. Ellos, cualesquiera que hayan sido las circunstancias de sus vidas, sus estilos y modos de santificarse, son referentes y modelos del amor más grande y de la fidelidad

más plena para los cristianos de hoy, en las variadas condiciones en que debemos vivir nuestra vida cristiana. Por ello, su radical testimonio de Cristo debe ser un subsidio permanente en la nueva evangelización. A través de ellos podemos mostrar cómo Cristo sigue presente en el mundo y salva y transforma las vidas de los suyos.

14. De cara a la evangelización de los no cristianos o de los alejados, el testimonio de los santos puede constituir una primera llamada a abrir la mente y el corazón a la buena noticia del amor de Dios, pues como escribiera Pablo VI hace treinta años, “el hombre de hoy presta más atención a los testigos que a los maestros; o si escucha a los maestros, lo hace porque son testigos”. Los santos pueden constituir un signo cargado de interrogantes profundos para los que no creen, una interpelación y, en ocasiones, un camino para descubrir el rostro de Dios, que se ha encarnado y ha tomado forma en los rostros y en las vidas de aquellos que han hecho de Cristo la razón suprema de su existencia. En efecto, como nos dice la Constitución *Lumen Gentium*, “en la vida de aquellos que, siendo hombres como nosotros, se transforman con mayor perfección en imagen de Cristo (Cfr 2 Cor 2,18), Dios manifiesta al vivo ante los hombres su presencia y su rostro”. Y es que de la misma forma que en el rostro del niño se adivinan enseguida los rasgos del rostro de su padre, de forma análoga los rasgos del rostro de Cristo se traslucen en los santos que, de acuerdo con la célebre expresión de Orígenes, son “imagen de la imagen”, es decir, del Hijo, imagen del Padre. Los santos son los hombres que ofrecen continuamente su propio rostro a Cristo para que en ellos pueda seguir hablando al mundo.

15. Un aspecto importante de la evangelización con los santos incluye la dimensión apologética. En las últimas décadas esta rama de la teología no ha gozado de excesivas simpatías en el mundo de los teólogos. Muchos la han mirado con reticencia y se ha hecho de ella una caricatura por su carácter polémico. Hoy, sin embargo, son muchos los teólogos que reclaman la vuelta a la apologética como propedéutica del quehacer teológico y de la enseñanza de la teología, por razones objetivas e independientemente de las necesidades pastorales de esta hora. Hoy es importante tener en cuenta que la evangelización en una sociedad poscristiana y neopagana, tiene que tener permanentemente una dimensión apologética.

16. La dimensión apologética hoy “resulta indispensable”. Puede tener exigencias diversas según sean las ideas y actitudes dominantes respecto de la Iglesia, la jerarquía, la religión o Dios mismo: el anticlericalismo clásico, fundado casi siempre en prejuicios, las dificultades de orden intelectual en relación con los dogmas y la moral de la Iglesia y la tendencia a calificar a la religión como una “actividad primitiva, infundada y perniciosa” para el desarrollo de la persona y de la sociedad, enemiga de la razón, de la libertad y del progreso. Todo esto hace especialmente difícil la pastoral evangelizadora y extraordinariamente urgente el recurso a la apologética, que ayude a deshacer malentendidos, a aclarar nociones deformadas y a superar actitudes de suficiencia y menosprecio ante lo religioso. Esta tarea tiene que realizarse con un estilo de diálogo y servicio, mostrando de manera directa y humilde el don de la salvación que Dios ofrece en Jesucristo, también a los hombres y mujeres de hoy, sin otro poder que el de su gracia y sin otra sabiduría que la de la Cruz redentora de Cristo. En este empeño es necesario que las palabras del evangelizador estén fortalecidas y garantizadas por su testimonio de vida y también por las vidas de los santos.

17. En los últimos años, desde algunas instancias mediáticas de nuestro país se ha calificado reiteradamente a las obras sociales y caritativas de la Iglesia en España como las “joyas de la corona” de la Iglesia. Sin desvalorizar estas instituciones, que son orgullo de nuestra Iglesia, las verdaderas “joyas de la corona” son los santos. Efectivamente, ellos son los hijos más preclaros de la Iglesia, ellos hacen inteligible y creíble el Evangelio. Una prueba evidente es la simpatía universal que ha provocado en los últimos años la figura, la muerte y la canonización de la Madre Teresa de Calcuta y la agonía y el fallecimiento del Papa Juan Pablo II. Los santos embellecen el rostro de la Iglesia, en el que, si es cierto que hay sombras y arrugas por los pecados y deficiencias de sus miembros, es también cierto que la luz es más intensa que las sombras y que el heroísmo de los santos, nuestros hermanos, es más fuerte que nuestro pecado y nuestra mediocridad.

18. Mostrar tanta hermosura, la santidad canonizada, es hoy, sin duda, un excelente camino de evangelización en los niveles propedéutico y apologetico aludidos más arriba, un motivo de credibilidad, que es especialmente luminoso y atrayente en el caso de los mártires de los primeros siglos, de los siglos posteriores y muy especialmente de los mártires del siglo XX, tan próximos a nosotros cronológica y existencialmente. En todos los casos está más que justificada la pregunta que Tertuliano formulara hacia el año 200: “¿Es posible que tantos mártires hayan muerto para nada?”.

19. Los santos constituyen para la Iglesia un grandioso patrimonio de vida cristiana, acumulado a lo largo de veinte siglos por quienes con toda justicia pueden ser calificados como los mejores hijos de la Iglesia. Se trata de un tesoro de espiritualidad, de santidad y de testimonio de vida, que, en esta hora, más que en otros momentos de la historia de la Iglesia, es preciso mostrar y poner sobre el candelero para que alumbre a todos los de casa y también a los extraños (Mt 5,15). A la cabeza de este elenco deslumbrante figura Jesucristo, su fundador, seguido por los Apóstoles, sus inmediatos seguidores, los mártires, los padres de la Iglesia, los eremitas, monjes, ascetas y vírgenes, los contemplativos y místicos, los grandes evangelizadores, fundadores de Iglesias y misioneros, los doctores de la Iglesia, teólogos, mendicantes, fundadores de institutos religiosos y educadores, los obispos, sacerdotes y religiosos, los reyes cristianos, padres y madres de familia, esposos, héroes de la caridad, profesionales, literatos y artistas, obreros, servidores del bien común y políticos católicos.

20. Gracias a estos cristianos eminentes, la Iglesia ha atesorado a lo largo de 2000 años una experiencia inmensa de espiritualidad y de santidad. Han sido los santos pertenecientes a los diversos estados de vida quienes, desde la experiencia de la gracia de Dios en sus vidas, han ido alumbrando y configurando, bajo el impulso del Espíritu Santo, las espiritualidades específicas de los sacerdotes, consagrados y laicos, que después se han desplegado en múltiples estilos, acentos, familias y escuelas, con sus doctrinas y praxis peculiares y características. Todas estas tradiciones espirituales representan una gran riqueza para la Iglesia, que en estos momentos es particularmente necesario dar a conocer. Algunos cristianos, buscando una espiritualidad más fuerte, profunda y exigente, se alejan hoy de las fuentes límpidas de nuestra espiritualidad para beber en otras tradiciones religiosas, especialmente orientales o el islam, porque desconocen los ricos tesoros de la espiritualidad cristiana.

21. En esta hora de la Iglesia, la formación de los fieles exige no esconder bajo el celémín este rico patrimonio (Mt 5,15). En la pedagogía de la santidad los santos están llamados a jugar un papel de primer orden. Es preciso dar a conocer sus vidas, sus escritos y su experiencia de Dios en publicaciones y estudios, tanto de carácter popular como científico. Es preciso también que todos los agentes de pastoral muestren estos tesoros en la catequesis, en la formación religiosa escolar, en la homilía y en las sesiones de formación de los distintos grupos laicales. Los primeros destinatarios deben ser los niños y jóvenes, que en las biografías de los santos pueden encontrar auténticos ideales y programas de vida y magníficos ejemplos a seguir en su futuro humano y cristiano.

22. Hasta hace cuatro o cinco décadas eran muchas las familias cristianas que concluían la jornada con el rezo del Rosario y la lectura de la vida del santo del día siguiente. En algunas de nuestras casas se conserva todavía el Año Cristiano de Croisset, que tantas traducciones y ediciones tuvo en toda Europa. Hoy, sin embargo, muchas familias, en el mejor de los casos, terminan la jornada ante la televisión, que en tantas ocasiones es el Decálogo y el Evangelio al revés. No sé si es pedir un imposible, pero merecería la pena que las familias cristianas intentaran recuperar esta hermosa costumbre. Los santos y beatos son el más grande y genuino patrimonio de la humanidad, incluso desde una perspectiva puramente civil y social. Sus figuras son la encarnación más perfecta de los grandes valores humanos y cívicos, la solidaridad, la compasión, el servicio a los demás, el amor, el heroísmo, la paz, el perdón, el respeto a los semejantes, el respeto a la naturaleza, etc.

23. De la misma forma, sería muy aleccionador y fecundo que en la pastoral ordinaria volviéramos con más intensidad y frecuencia al recurso a los santos. Sus vidas son el verdadero

espejo en el que los cristianos debemos mirarnos, muy especialmente los santos de nuestro tiempo, aquellos que, desde todas las profesiones y estados, han vivido experiencias humanas muy cercanas a las nuestras y que con tanta profusión los tres últimos Papas han elevado a los altares en los últimos años. Mediante el testimonio admirable de los santos, el Señor fecunda sin cesar a su Iglesia, con vitalidad siempre nueva, dándonos así pruebas evidentes de su amor. Ellos nos estimulan con su ejemplo en el camino de la vida y nos ayudan con su intercesión; sus vidas nos alientan en nuestro camino de fidelidad.

24. Para responder a la palabra de Jesús: “Sed santos, como el Padre celestial es santo” (Mt 5,48) y para poder anunciar con autenticidad el Evangelio, la Iglesia de hoy “tiene necesidad de una nueva floración de santos, santos capaces de traducir al hoy de la Iglesia y del mundo la vida y las palabras de Cristo...; santos capaces de hacer sentir a Cristo como su contemporáneo y no como un recuerdo del pasado”. Este es el desafío, la tarea y el compromiso que nos corresponde como bautizados y como sacerdotes, consagrados y laicos, vivir en nuestra vida personal la santidad de la Iglesia; este es el desafío, la tarea y el compromiso que compete a los pastores: acompañar a los fieles en la pastoral de la santidad y servirnos en la pastoral ordinaria del testimonio de quienes han seguido fielmente a Cristo. Ellos pueden y deben ser para nosotros contemporáneos auténtico sacramento y camino para el encuentro con Dios.

25. Antes de concluir, quiero reiteraros mi invitación a evangelizar con los santos. La cercanía a sus biografías ha de ser benéfica para nuestra vida personal, pues como dice el autor del libro de la Sabiduría y repite después Tomás de Kempis en la Imitación de Cristo, “con los santos, serás santo”.

(X Seminario de Estudios Laicales, 13 de febrero de 2020)